



Redes latinoamericanas en los años cuarenta: la revista *Sur* y el mundo tropical

Álvaro Fernández Bravo

Ese mar Atlántico que ayer dividía al mundo, del uno al otro polo,
hoy une al mundo como un lago, un nuevo mediterráneo de la civilización.

Fernando Ortiz,
"Cómo eran los indocubanos",
Revista Bimestre Cubana 35 (1935), pág. 27.

Mundo atlántico y redes epistolares

En 1940, ya en plena Segunda Guerra Mundial, la prédica americanista de la revista *Sur*, históricamente ambivalente con respecto a América Latina, se consolida en el marco de posiciones cada vez más explícitas a favor de la causa aliada. Victoria Ocampo proclama su comodidad y sensación de protección en territorio americano ante el guerra europea en un artículo titulado "Este lago" (*Sur* N° 67, 1940). Allí señala su tranquilidad desde Mar del Plata y observa que "este lago que me rodea es América" (p. 10).¹ América aparece representada como un espacio aislado y todavía neutral,

¹ Cf. Rosalie Sitman, *Victoria Ocampo y Sur: entre Europa y América*. Buenos Aires: Lumière, 2003, pp. 139. Véase también John King, *Sur: Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)* México: FCE, 1989, María Teresa Gramuglio, "Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura" en Sylvia Saïtta, dir.,

a salvo de la amenaza bélica, aunque rápidamente la mayoría de los países abandonará esta posición por un alineamiento con Estados Unidos, cuando éste ingrese en la guerra.

La figura del lago a la que apela Victoria Ocampo, puede ser tanto una zona de aislamiento y protección felizmente alejada de la contienda militar, como una zona de contacto e intercambio con Europa, tal como la retrata Fernando Ortiz en esos mismos años en el epígrafe de este artículo. En ambos casos, el océano permite la formación de redes de circulación cultural que, en rigor, fueron constitutivas del escenario americano desde la conquista. El territorio americano, surgido del cruce y la fusión de componentes europeos, africanos e indígenas, puede ser pensado en sintonía con el concepto de red. El circuito de cartas públicas y privadas que se inaugura con Hernán Cortés y se prolonga en libros e intercambios de lecturas y escritura dialogada, atraviesa toda la historia del continente. Durante la primera mitad del siglo XX, con Europa sumida en el conflicto bélico, el mundo atlántico adquiere una nueva relevancia como herramienta interpretativa y canal para el tránsito de ideas que tiene consecuencias significativas en el espacio cultural latinoamericano. Es posible reconocer un desplazamiento del eje o meridiano cultural hacia la ribera americana, imaginada como sucesora y refugio de la tradición europea y sobre la cual meditan y escriben estudiosos, escritores y poetas.²

Historia crítica de la literatura argentina, Tomo 9, "El oficio de afirmar" Buenos Aires: Emecé, 2004; Beatriz Sarlo, *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

² Sobre mundo atlántico véase Bernard Bailyn, *Atlantic History: Concept and Contours*, Cambridge MA: Harvard University Press, 2005 y Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge: Harvard UP, 1993. No existen hasta donde conozco demasiados estudios sobre América Latina como parte activa del mundo atlántico, aunque sin duda el intercambio con Europa y África durante el período colonial, y otros fenómenos como la inmigración masiva desde mediados del siglo XIX hasta por lo menos la 2da. posguerra ubican a la región en un cruce social y simbólico de amplias consecuencias sobre la cultura continental. Entre los libros recientes que cubren esta problemática se destaca el estudio de Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios: Los intelectuales caribeños y la tradición*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2006. La bibliografía sobre el americanismo durante el período entre guerras es extensa, pero puede consultarse el libro de John King ya citado para una síntesis de la circulación de la obra de Spengler, *La decadencia de Occidente*. Los excelentes estudios de José Moya, Fernando Devoto y la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* también contribuyen desde el campo histórico a ampliar el conocimiento del problema.

La obra de Oswald Spengler y traducida al español en [...], significativas sobre la [...], e impulsó la idea de América (la civilización) frente al [...], una Europa en dificultad [...], suscitado por la Segunda [...], en los testimonios de [...], por el flujo de intelectual [...], de la Guerra y se intensi [...], una red cultural. La cart [...], por Reyes son muy elocu [...], justifica como refugio de [...], europea.³

¿Cuál es el impacto d [...], cultura latinoamericana? [...], plican las redes y cuáles so [...], y cómo podemos reconoc [...], la producción simbólica en [...], comprender la cultura es s [...], tura latinoamericana.⁴

El estudio de las redes [...], gulo transnacional y regio [...], en contextos cambiantes, [...], resta firmeza y seguridad [...], Santí sobre Fernando Orti [...], la propia cultura como "lo [...], lánicas, la voluntad literar [...]

³ Alfonso Reyes, *Literatura Epistol*

⁴ Durante su visita a la Universi [...], siguiente: "Aquí voy advirtiend [...], sificación es tácita, claro está, per [...], el hombre, p. 191). Sigo aquí las id [...], ricano. Cf. Silvano Santiago, "El [...], Garramuño y Adriana Amante, *Al*

⁵ Enrique Mario Santí, *Introducción* [...], Cátedra, 2002, p. 34.

La obra de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente*, publicada en 1918 y traducida al español en 1923 por José Ortega y Gasset, tuvo consecuencias significativas sobre la apreciación de América Latina entonces imperante, e impulsó la idea de América Latina como un contrapeso (o un refugio de la civilización) frente al inexorable ocaso de Occidente. La percepción de una Europa en dificultades resultó confirmada la agudización del conflicto suscitado por la Segunda Guerra Mundial, tal como puede observarse en los testimonios de escritores e intelectuales, pero sobre todo interesa por el flujo de intelectuales europeos hacia América que comienza antes de la Guerra y se intensifica con ésta, con la consecuente formación de una red cultural. La cartas de Paul Valéry a Victoria Ocampo recogidas por Reyes son muy elocuentes en este sentido. La red latinoamericana se justifica como refugio de la cultura ante el fin inminente de la civilización europea.³

¿Cuál es el impacto de las redes culturales en la formación de una cultura latinoamericana? ¿De qué modo son empleadas, cómo se multiplican las redes y cuáles son sus puntos de anclaje? ¿Dónde dejan su huella y cómo podemos reconocer sus marcas en libros, relatos, discursos y en la producción simbólica en general? Uno de los valores de las redes para comprender la cultura es su posición intermedia, característica de la cultura latinoamericana.⁴

El estudio de las redes permite asimismo leer la cultura desde un ángulo transnacional y regional, en la intersección de sujetos que escriben en contextos cambiantes, a menudo ellos mismos en un tránsito que les resta firmeza y seguridad y les permite —como sugiere Enrico Mario Santí sobre Fernando Ortiz, refiriéndose a su formación en España— ver la propia cultura como “lo otro”.⁵ En el caso particular de las redes atlánticas, la voluntad literaria se dirige más bien a encontrar y tejer una

³ Alfonso Reyes, *Literatura Epistolar*, Buenos Aires: Clásicos Jackson, 1949.

⁴ Durante su visita a la Universidad de Howard en 1943, María Rosa Oliver afirma lo siguiente: “Aquí voy advirtiendo que los latinoamericanos somos los *in between*... la clasificación es tácita, claro está, pero no por eso menos perceptible” (M.R. Oliver, *Mi fe es el hombre*, p. 191). Sigo aquí las ideas de Silviano Santiago sobre el entrelugar latinoamericano. Cf. Silviano Santiago, “El entrelugar del discurso latinoamericano” en Florencia Garramuño y Adriana Amante, *Absurdo Brasil*, Buenos Aires: Biblos, 2000.

⁵ Enrique Mario Santí, Introducción a *El contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Madrid, Cátedra, 2002, p. 34.

tradición común y fortalecerla, que a reconocer la alteridad cultural. Tal como ha sido estudiado por John Beverly, la teoría de la transculturación elaborada por Fernando Ortiz supone una reconciliación entre opuestos, un aplacamiento del conflicto social y de la violencia en pos de una unidad superadora de las diferencias.⁶ Se trata en el caso que me propongo estudiar, de un momento fundador del discurso sobre la identidad colectiva regional, con distintos matices de americanismo, latinoamericanismo o iberoamericanismo. En algunos casos (notablemente, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes), el componente ibérico tiene mayor protagonismo. En otros, como en la Argentina del debate Jorge Luis Borges-Américo Castro, la genealogía hispánica tiene menor peso.⁷

Vale señalar sin embargo, la formación de un consenso europeísta que no entra en discusión a pesar de los matices y pequeñas diferencias en cuanto al lugar de España dentro de Europa. El latinoamericanismo asigna un lugar clave a la relación de Europa y América y tiende a ignorar la presencia de elementos no europeos: los componentes indígenas o africanos del patrimonio cultural son sistemáticamente ignorados.

El caso de la fundación de *Sur* merece un capítulo aparte y ya ha sido estudiado con extensa fortuna crítica: Waldo Frank, latinoamericanista militante, procura imprimir a la revista un sello continental que finalmente sólo prospera esporádicamente y la revista será anfitriona principalmente de colaboraciones europeas. Abundan las contribuciones españolas especialmente a partir de la llegada de los exiliados republicanos a la Argentina, aunque la atención principal estaba dirigida a la cultura francesa y británica, de donde provienen la mayor parte de las colaboraciones europeas, así como los libros traducidos y publicados por la editorial Sur.⁸ Es decir

⁶ Cf. John Beverly, *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*, Durham: Duke University Press, 1999, p. 41-49.

⁷ El iluminador ensayo de Jorge Myers, "Gênese "ateneísta" da historia cultural latino-americana" publicado en portugués en *Tempo Social*, revista de sociología da USP, v. 17, n. 1, 2006, traza un rico fresco de las polémicas de ese momento.

⁸ Cf. María Teresa Gramuglio, *Op. cit.*, Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2002; Ricardo Piglia, "Sobre Sur" en *Crítica y Ficción*, Rosario: Universidad Nacional de Litoral, 1986; Cristina Iglesia, "Waldo y Victoria en el paraíso americano. Identidades y proyectos culturales en los primeros años de la revista *Sur*" en *La violencia del azar*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003; Judith Podlubne, *Escritores de Sur. El debate literario*

que estas redes incluso cubren alcances y zonas cubiertas por mapas imaginarios delimitados.

Me interesa la posibilidad de ir allá de la nación, que ha sido el objeto de los estudios de las culturas latinoamericanas. Esto desafía lecturas estrictamente nacionales de las cartas y libros escritos en las costas "atlánticas" – se encuentran otros, inseguros sobre su misión por la mudanza. Esa ubicación y vuelve más provocativo el estudio de la naturaleza de la cultura latinoamericana acerca de *quién se es* (condición de la especulación y la subjetividad colectiva).

Es preciso también reconocer que los sujetos y posiciones se anudan y se multiplican o fracasan, se multiplican o declives permitirá entender qué emergen con mayor fuerza en determinados momentos y de posibilidad para su afirmación. La cultura europea impulsó un fluido de colaboración entre Ortega y Gasset y la *Revista de Occidente*, pero también intelectuales latinoamericanos como Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. La cultura Latina desde Estados Unidos. Ese magnetismo circunscribe en una retícula de ciudades, y en la que tendrá un lapso de

en la revista y su incidencia en los cuarenta años, UBA, 2008.

⁹ Un antecedente de estos desplazamientos es el estudio de Marcel Duchamp, tal como lo muestra *El arte de los tiempos modernos*, Buenos Aires: Siglo XXI,

que estas redes incluso contemporáneas, permiten reconocer fronteras, alcances y zonas cubiertas de distintas dimensiones, que diseñan a su vez, mapas imaginarios delimitados por circuitos literarios.

Me interesa la posibilidad de emplear la categoría de red para leer más allá de la nación, que ha sido una matriz interpretativa dominante en los estudios de las culturas latinoamericanas. El estudio de las redes culturales desafía lecturas estrictamente nacionales porque los mismos autores de las cartas y libros escritos en la red –y sus intervenciones en los debates “atlánticos”– se encuentran en desplazamiento, moviéndose de un lugar a otro, inseguros sobre su misma posición o con una mirada que se ve afectada por la mudanza. Esa ubicación móvil y nómada multiplica las preguntas y vuelve más provocativo el registro de la reflexión sobre el contenido y naturaleza de la cultura latinoamericana. Al generar más incertidumbre acerca de *quién se es* (condición característica del viajero) aumenta la densidad de la especulación identitaria y se multiplica la reflexión sobre la subjetividad colectiva.

Es preciso también reconocer la intermitencia de las redes, que afloran y anudan sujetos y posiciones distantes entre sí, pero además florecen o fracasan, se multiplican o se extinguen. Identificar estos afianzamientos y declives permitirá entender mejor su modo de funcionamiento. ¿Por qué emergen con mayor fuerza y productividad las redes culturales en determinados momentos y por qué decaen? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad para su afianzamiento? El contexto de la primera posguerra europea impulsó un fluido intercambio atlántico, con figuras como José Ortega y Gasset y la *Revista de Occidente* como representantes de este flujo, pero también intelectuales itinerantes, como los ya mencionados Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes que, en rigor, se desplazan hacia América Latina desde Estados Unidos en el primer caso y desde Europa en el segundo. Ese magnetismo circunstancial coloca a Buenos Aires como un vértice en una retícula de ciudades, integrada también por México y Río de Janeiro, en la que tendrá un lapso de fulgor hasta el fin de la Segunda Guerra.⁹

en la revista y su incidencia en los comienzos de José Bianco y Silvina Ocampo, Tesis de Doctorado, UBA, 2008.

⁹ Un antecedente de estos desplazamientos que aumentan quizás comienza con la llegada de Marcel Duchamp, tal como lo estudia Raúl Antelo en *María con Marcel: Duchamp en los trópicos*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

Es preciso pensar en las redes no sólo como fuerzas productivas capaces de constituir nuevos campos de ideas y objetos epistemológicos (baste pensar en los epistolarios filosóficos y literarios —Adorno/Benjamin o Adorno/Thomas Mann; Hanna Arendt/Martin Heidegger; Carlos Drummond de Andrade/Mário de Andrade; Walter Benjamin/Gershom Scholem, Victoria Ocampo/Gabriela Mistral, Alfonso Reyes o Roger Caillois), sino también en las redes como constelaciones que dejan afuera y excluyen. Se trata de alianzas contingentes no necesariamente funcionales al mérito o a la afinidad estética, filosófica o ideológica, aunque por lo general las redes terminen por establecer una zona de consenso entre los interlocutores. Por su condición de canal de intercambio, las redes funcionan como generadoras de algo que excede a sus componentes, un “tercer elemento” que es más que la suma de sus partes, ya sea un concepto que sostiene el tráfico de ideas o un discurso que lo justifica. Las redes operan también en función de la necesidad o de la desesperación de sus participantes, particularmente en el contexto que nos interesa.

Los miembros de una red a menudo estaban situados en coyunturas complejas, desprovistos del amparo estatal, exiliados o ligados a Estados en descomposición o bajo una transformación radical, como el caso de México durante la Revolución o los estados europeos durante la guerra, tal como aparece reflejado en la correspondencia de Alfonso Reyes.¹⁰ El epistolario Reyes-Henríquez Ureña resulta interesante para explorar este proceso. Ambos escritores atraviesan momentos extremadamente difíciles, en particular de asfixia económica: Reyes al llegar a España desde Francia, en septiembre de 1914, privado de su trabajo diplomático debido a las turbulencias políticas en su país y obligado a “comenzar desde cero” a la sombra de Menéndez Pidal y luego de Ortega; Henríquez Ureña, sumido en la estrechez económica de los salarios docentes en declive en la Argentina de los años treinta, enfrenta un oscuro horizonte de privación y pocas alternativas para un nuevo exilio. La Argentina aparece allí como la última estación de un tren sin viaje de regreso.¹¹ En el contexto del avance del

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981.

¹¹ Véase Beatriz Colombi, *Viaje intelectual*, Rosario: Beatriz Viterbo, 2004. Cf. también Alfonso Reyes a *Op. cit.* Sobre Henríquez Ureña como intelectual sin Estado véase el trabajo de Arcadio Díaz Quiñones, *Op. cit.*, cap. 2.

fascismo, la presencia e persecutoria, aún cuando trasponer las categorías de mecanismos de control e instituciones culturales reconocibles en la literatura.

Las redes americanas frente al zonte europeo como puente en el viejo continente, la cultura se convierte en la única vía de interamericanos se fortalece. llega a Buenos Aires en 1919 viajes; Alfonso Reyes parte en 1936, Rafael Alberti en 1937 a partir de 1941, André Breton.

Las redes pueden operar en formas de apoyo entre escritores que no han conseguido o que enfrentan un contexto desfavorable —como el de España— impedido. Se trata naturalmente de un espacio donde la amistad puede producirse. En el caso de las redes culturales, por un discurso de fraternidad, revivida o recuperada: hermandad latinoamericana: simbólico por reconstruir.

¹² Mariano Picón-Salas testimonio de su experiencia entre Chile, Estados Unidos y Venezuela. *Odiseos sin reposo*. Mariano Picón-Salas, Caracas: Consejo Nacional de la Cultura y del Libro, 1978.

¹³ Jacques Derrida en *Politics of Friendship* plantea la relación entre amistad y política. Ocampo sería una excepción, a la luz de los escritores hombres (Roger Callois) en la correspondencia Picón Salas/Alfonso Reyes.

fascismo, la presencia estatal operó más bien como una fuerza opresiva y persecutoria, aún cuando en los estados latinoamericanos resulta difícil trasponer las categorías europeas. Dictaduras, gobiernos autoritarios, mecanismos de control sobre la producción intelectual y destrucción de instituciones culturales generaron exilios, desplazamientos y resistencias reconocibles en la literatura epistolar.¹²

Las redes americanas florecen entonces debido a la extinción del horizonte europeo como puerta de salida. Ante la degradación de la situación en viejo continente, la opción de buscar refugio en una nación americana se convierte en la única alternativa viable e indirectamente los vínculos interamericanos se fortalecieron. La lista es larga: Pedro Henríquez Ureña llega a Buenos Aires en 1924 y permanece hasta su muerte, excepto algunos viajes; Alfonso Reyes permanece (como embajador) en 1927 y luego en 1936, Rafael Alberti en 1937, Witold Gombrowicz en 1939, Jorge Amado a partir de 1941, André Malraux y Roger Callois en 1942.

Las redes pueden operar —y de hecho a menudo han operado— como formas de apoyo entre escritores en dificultades, ávidos de un espacio que no han conseguido ocupar por su propio peso o porque un contexto desfavorable —como el de la guerra, la dictadura o el exilio— se los ha impedido. Se trata naturalmente de redes donde interviene la amistad, donde la amistad puede pensarse en paralelo con la hermandad y que, en el caso de las redes culturales latinoamericanas, están siempre articuladas por un discurso de fraternidad cultural que procura ser fortalecida, reflatada, revivida o recuperada. Esa relación se piensa siempre en términos culturales: hermandad latinoamericana, tradiciones comunes, un campo simbólico por reconstruir, recobrar o reparar.¹³

¹² Mariano Picón-Salas testimonia en su correspondencia con Alfonso Reyes su peregrinaje entre Chile, Estados Unidos y Venezuela, pero los casos abundan en América Latina. Cf. *Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia, 1927-1959)*. Edición de Gregory Zambrano. Caracas: Fundación Casa de las Letras "Mariano Picón Salas"-Consejo Nacional de la Cultura, 2001.

¹³ Jacques Derrida en *Politics of Friendship*, Londres: Verso, 1997; trad. De George Collins; plantea la relación entre amistad y hermandad, enfatizando el carácter masculino de esta práctica, como ocurre en la mayoría de los epistolarios literarios latinoamericanos. Victoria Ocampo sería una excepción, aunque su correspondencia es predominantemente con escritores hombres (Roger Callois, A. Reyes). En general se trata de redes masculinas. La correspondencia Picón Salas/Alfonso Reyes sugiere también relaciones discipulares (así

La amistad en contextos difíciles, como la que encontramos en las cartas entre Henríquez Ureña y Alfonso Reyes o la correspondencia entre Mariano Picón-Salas y Reyes, están marcadas por la privación, las dificultades económicas, la inestabilidad laboral y emocional y la carencia de bibliotecas abandonadas en los viajes. Es en contextos de privación donde se puede explorar la carencia en su potencia productiva. Dice Henríquez Ureña en 1939: "Cada día se hacen más apretados los años, y cada día me encuentro con menos tiempo para todo. Contra las reglas de previsión de las compañías de seguros, trabajo más mientras más avanzo en edad. Por eso no puedo adquirir el compromiso de escribir sobre Don Justo.¹⁴ Claro que me gustaría; pero no tengo de donde sacar horas para hacerlo, y además aquí me faltan materiales, comenzando por la obra misma".¹⁵

Las redes parecen fortalecerse en las coyunturas particularmente aciagas de sus participantes, que las tejen para buscar apoyo y las sostienen con metadiscursos, como el de una cultura compartida. Así, son las huellas dejadas por las redes las que son posibles de una reconstrucción. Su lectura permite reconocer el funcionamiento de conceptos centrales para los estudios latinoamericanos como americanismo, latinoamericanismo o patrimonio cultural en común. Estos conceptos emergen de algún modo, de los contextos inestables y las posiciones movedizas de quienes articularon las redes —los escritores y artistas que las empleaban para su provecho— pero a menudo han tenido una perduración y firmeza contrastantes con su fundación en estado de emergencia.

Sin duda este factor puede leerse en las redes culturales latinoamericanas de los años treinta y cuarenta, cuando los vínculos internacionales estaban heridos o interrumpidos y el horizonte europeo dejaba de proveer un respaldo o un espacio de confluencia como el que había suministrado hasta entonces para los intelectuales latinoamericanos.¹⁶ Madrid fue para Alfonso Reyes una ciudad hospitalaria y también un espacio de formación, por su rápida afiliación al Centro de Estudios Históricos dirigido por Menéndez

como Reyes, menor que Henríquez Ureña, marca sobre todo al principio una relación de maestro-alumno en sus cartas).

¹⁴ Se refiere a un volumen sobre Justo Sierra que Alfonso Reyes le había solicitado.

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 21 de diciembre de 1939, *op. cit.*, p. 467.

¹⁶ Sobre este punto, véase Claudio Maíz, "Teoría y práctica de la 'patria intelectual'.

La comunidad transatlántica en la conjunción de cartas, revistas y viajes" en este mismo volumen.

Pidal a partir de 1916. sólo impulsaron una er a México, sino que pus al europeo) como refer señalar la fuerte marca " continental que surgen ta, no sólo por la huella Ureña, sino también po de Filología Hispánica una escuela.¹⁸

Sin embargo, el des luego a Brasil en esos r cambio que precisamen los márgenes americano en su conocido ensayo "E la influencia del mexican apropiarse de toda la cult "inteligencia" (frecuente para definir la peculiar co una constelación integrac simultánea.¹⁹

Asimismo, según se Henríquez Ureña y Alfon rial, impulsado por la en como Alejandro Losada (l y otros, desplazó hacia es censura franquista y el cie de la República y el trasp las condiciones de publica

¹⁷ Véase Jorge Myers y Beatriz

¹⁸ Formará a los hermanos Lida en que se marcha a Harvard.

¹⁹ Véase Alfonso Reyes, "Notas pp. 7-15.

²⁰ Véase José Luis De Diego, di y Antonio Lago Carballo y Nic española e iberoamericana, Bueno

que encontramos en las correspondencia entre la privación, las dificultades y la carencia de textos de privación donde ductiva. Dice Henríquez los años, y cada día me las reglas de previsión de más avanza en edad. Por sobre Don Justo.¹⁴ Claro para hacerlo, y además para misma".¹⁵

particularmente aciagas apoyo y las sostienen con tida. Así, son las huellas reconstrucción. Su lección conceptos centrales para no, latinoamericanismo o nergen de algún modo, de as de quienes articularon eaban para su provecho— firmeza contrastantes con

culturales latinoamericanas os internacionales estaban eo dejaba de proveer un e había suministrado hasta ¹⁶ Madrid fue para Alfonso acio de formación, por su os dirigido por Menéndez

todo al principio una relación

Reyes le había solicitado. bre de 1939, *op. cit.*, p. 467. ca de la 'patria intelectual'. revistas y viajes" en este mismo

Pidal a partir de 1916.¹⁷ Pero la Guerra Civil y la derrota republicana no sólo impulsaron una emigración de exiliados españoles a Buenos Aires o a México, sino que puso en crisis el escenario español (y pronto también al europeo) como referente cultural para los latinoamericanos. Es preciso señalar la fuerte marca "iberoamericanista" en los ensayos de interpretación continental que surgen en esos años y que perdura hasta los años cuarenta, no sólo por la huella en la formación de Alfonso Reyes o Henríquez Ureña, sino también por la llegada en 1927 de Amado Alonso al Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires, donde funda una escuela.¹⁸

Sin embargo, el desplazamiento de Reyes primero a la Argentina y luego a Brasil en esos mismos años imprime sobre su pensamiento un cambio que precisamente fortalece el funcionamiento de una red desde los márgenes americanos. Como lo hará Borges algunos años más tarde en su conocido ensayo "El escritor argentino y la tradición," sin duda bajo la influencia del mexicano, Reyes reclama el derecho de los americanos a apropiarse de toda la cultura occidental, valiéndose de una red. El término "inteligencia" (frecuente también en la revista *Sur*), empleado por Reyes para definir la peculiar configuración de la cultura americana, presupone una constelación integrada por un colectivo de sujetos actuando en forma simultánea.¹⁹

Asimismo, según se reconoce en la correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, el florecimiento de la industria editorial, impulsado por la emigración de editores españoles a Buenos Aires, como Alejandro Losada (llegado poco antes de la Guerra Civil, en 1928) y otros, desplazó hacia este lado del Atlántico el vértice de las redes. La censura franquista y el cierre de numerosas casas editoriales con la caída de la República y el traslado de sus filiales a México y la Argentina alteró las condiciones de publicación existentes.²⁰

¹⁷ Véase Jorge Myers y Beatriz Colombi, obras citadas.

¹⁸ Formará a los hermanos Lida y a muchos otros investigadores y permanece hasta 1946, en que se marcha a Harvard.

¹⁹ Véase Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana" en *Sur* N° 24 (1936), pp. 7-15.

²⁰ Véase José Luis De Diego, dir., *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000* y Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas, *Un viaje de ida y vuelta: la edición española e iberoamericana*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006 y Leandro

Se volvió preciso en esta coyuntura buscar otras formas de apoyo o herramientas de constitución colectiva que comenzarían a desplazarse hacia el territorio americano. En el caso que me interesa, América Latina y Estados Unidos establecen una comunicación inédita hasta entonces y se conectan ante la crisis europea, permitiendo la formación de un universo atlántico renovado, en el cual la figura de Waldo Frank, ocupa un lugar central en tanto articulador de redes entre distintos intelectuales americanos, fogoso propulsor de vínculos continentales y profeta de una cultura común que contribuye a fortalecer durante su breve primavera.²¹

Sin duda la *Good Neighbor Policy* instrumentada por la administración Roosevelt contribuyó a la consolidación de una red americanista amplia, en la cual intelectuales de América del Norte y Latinoamérica intercambiaron ideas, viajaron y trabajaron en cada región en pos de un diálogo continental.²² No obstante, la tarea de Frank precede la política exterior de Roosevelt. La visita de Pedro Henríquez Ureña a Harvard en 1940-41 —donde dictó las conferencias que luego se convertirían en su libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica*—; la contratación de María Rosa Oliver entre 1942 y 44 en la Oficina de Coordinación de Asuntos Interamericanos en Washington, con el apoyo de Nelson Rockefeller; la difusión de la literatura latinoamericana en Estados Unidos (incluyendo invitaciones a Victoria Ocampo en 1943 y a Mariano Picón-Salas a Smith College en 1942-3, entre otros intelectuales que desfilan por las universidades norteamericanas) e incluso, como señala Enrico Mario Santí, la lectura realizada por el antropólogo anglo-polaco Bronislaw Malinowski (otro intelectual en la diáspora, a la sazón profesor en la Universidad de Yale) de la obra de Fernando Ortiz, no se explican fuera de esa coyuntura política internacional que tiene a los episodios mencionados como evidencia de un proceso de acercamiento interamericano y de configuración de un circuito atlántico relativamente independiente de Europa. De hecho, la política internacional norteamericana iniciada en la Segunda Guerra Mundial, como lo demuestra Andrea Giunta, se prolongó durante la Guerra Fría y

de Sagastizábal, *La edición de libros en la Argentina: una empresa de cultura*, Buenos Aires: Eudeba, 1995.

²¹ Cf. Horacio Tarcus, *op. cit.*

²² Cf. Andrea Giunta, *Vanguardia, internacionalismo y política: arte argentino en los años sesenta*, Buenos Aires: Paidós, 2003.

ambos momentos tuvieron
los estudios latinoamer

La diáspora republic

Horacio Tarcus ha e
José Carlos Mariátegui
Ocampo, que tuvo un p
impacto de los aconteci
y diásporas permanent
Ureña, que sólo regresó
exilio en la Argentina a
la llegada de los exiliad
puntos de América Lat
según lo ha estudiado D
en la industria cultural,
México y la Argentina, e
las editoriales de la pen
y permitió a numerosos
traductores, directores
canal para la publicació
definido como una época

Este momento reviste
producido por lo que Jo
ciones culturales”.²⁴ Este
King, la revista *Sur* debió
raciones europeas por co
Incluso en algunos casos
de revistas, como *Lettre*
Roger Callois, su directo

²³ Cf. Dora Schwarzstein, “La
Argentina” en Hebe Clementi
Buenos Aires, Oficina Cultural
Memoria e identidad del exilio re

²⁴ King, *Op. Cit.*, p. 121.

²⁵ En este caso, como gustal
arrojada por aviones aliados

ambos momentos tuvieron un impacto perdurable en la constitución de los estudios latinoamericanos como disciplina académica.

La diáspora republicana y el fin de Europa

Horacio Tarcus ha estudiado el vínculo entre el intelectual peruano José Carlos Mariátegui, el editor argentino Samuel Glusberg y Victoria Ocampo, que tuvo un peso importante en la fundación de la revista *Sur*. El impacto de los acontecimientos en Europa multiplicó los viajes, contactos y diásporas permanentes o transitorias, como la del propio Henríquez Ureña, que sólo regresaría a Santo Domingo por breves períodos desde su exilio en la Argentina a partir de 1924. Habría que sumar a estos factores la llegada de los exiliados republicanos españoles desde 1936 a distintos puntos de América Latina y particularmente a México y la Argentina, según lo ha estudiado Dora Schwarzstein.²³ El impacto de los españoles en la industria cultural, principalmente en la fundación de editoriales en México y la Argentina, que rápidamente ocuparon el vacante dejado por las editoriales de la península paralizadas por la guerra, fue significativo y permitió a numerosos intelectuales vender su fuerza de trabajo como traductores, directores de colecciones, editores y encontrar también un canal para la publicación de sus propias obras, en un período que ha sido definido como una época de oro del mundo editorial argentino.

Este momento reviste interés para el problema de las redes por el efecto producido por lo que John King ha denominado "sustitución de importaciones culturales".²⁴ Esto significa que en el caso específico estudiado por King, la revista *Sur* debió reemplazar su tradicional suministro de colaboraciones europeas por contribuciones de escritores locales o americanos. Incluso en algunos casos, como es sabido, *Sur* subvencionó la publicación de revistas, como *Lettres Françaises* y acogió a escritores exiliados como Roger Callois, su director.²⁵

²³ Cf. Dora Schwarzstein, "La formación de la comunidad del exilio republicano en la Argentina" en Hebe Clementi, coord., *Inmigración española en la Argentina (Seminario 1990)*, Buenos Aires, Oficina Cultural de la Embajada de España, pp. 220-231 y *Entre Franco y Perón: Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001.

²⁴ King, *Op. Cit.*, p. 121.

²⁵ En este caso, como gustaban recordar los miembros de *Sur*, la revista fue incluso arrojada por aviones aliados sobre territorio francés como una forma de propaganda

Por efecto de la guerra, la cultura argentina invirtió su posición de importadora de capital simbólico y adquirió un rol de exportadora, conquistando nuevos mercados y publicando, como ocurrió con Borges en *Lettres Françaises*, escritores argentinos en lengua francesa,²⁶ aunque en general tuvo escaso éxito en la exportación de autores locales. Es en estos años cuando se publican los dos números temáticos nacionales de la revista, uno sobre la literatura del Brasil, para celebrar la declaración de guerra contra El Eje y otro sobre Estados Unidos. El fenómeno del cierre del mercado cultural europeo tuvo entonces consecuencias a nivel regional, más allá del repentino interés por la literatura brasileña. La disminución del tráfico comercial por efecto de la guerra, cerró mercados al excedente exportable de la industria cultural norteamericana, creando un déficit a la industria de Hollywood y favoreciendo un tráfico interamericano de bienes simbólicos.²⁷

Al mismo tiempo, el surgimiento de áreas de vacancia permitió, como con la industria pesada, el fortalecimiento de las industrias culturales locales latinoamericanas que recibían menos insumos desde Europa y a la vez encontraban un mercado sub abastecido dentro el mismo continente. El crecimiento de la industria cultural fue robusto en México, Brasil y Argentina durante la guerra. Este tráfico interamericano tuvo un impacto sobre las redes de escritores que se vieron fortalecidas al multiplicarse tanto las posiciones desde donde escribían como los canales de publicación.

Como señala María Teresa Gramuglio, aunque *Sur* no ha sido leída como una revista política, se trata de un período de intensa politización al que la revista no es ajena.²⁸ María Rosa Oliver recuerda, en este sentido, una polarización y cohesión del bando pro aliado en la Argentina, así como una ampliación de la coalición cultural, más receptiva a la presencia de

antiazis. Cf. Gonzalo Aguilar y Mariano Siskind, "Viajeros culturales a la Argentina" en María Teresa Gramuglio, dir., *Historia de la literatura argentina, tomo 6: El imperio realista*, Buenos Aires: Emecé, 2002.

²⁶ John King, *op. cit.*, p. 91.

²⁷ "Disney Studios showed a million dollar deficit in 1941, largely due to wartime collapse of foreign markets". Richard Shale, *Donald Duck Joins Up: The Walt Disney Studios During World War II*, Ann Arbor, Michigan: UMI Research Press, 1987.

²⁸ María Teresa Gramuglio, "Sur en la década del treinta: una revista política", *Punto de Vista* N° 28, noviembre de 1986, pp. 32-39.

comunistas como los que Rosa tenía simpatía. En su por un profesor español, de California por Luis Me causa de la República Esp de sus compatriotas como señalado por su parte los al cual se había afiliado ya comunistas, en ese momen formación de alianzas conti Cabe señalar que la misma partidos de izquierda, inclu de redes internacionales.³⁰

En el caso puntual de noamericanismo que tiene la cual se articularon las re pensar en formas de unida red cultural clave en la em mo— volcada en estudios co las condiciones de alejamie o propiciarían la formación a la formación de alianzas fa propios países. El viaje y el a la difusión de una alterac pronosticada decadencia a realidad palpable.

²⁹ *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires:

³⁰ Cf. Tarcus, dir. *Diccionario biog* 2007.

³¹ Julio Ramos habla de "[L]a au la migración, que sitúa al sujeto f materna— cuyas esencias paradóji céntrica que muchos escritores de pretaciones totalizadoras de la cul la moral latinoamericanista" en *Me Latina: el desafío de los estudios cultu lberoamericana-University of Pitt*

a invirtió su posición de un rol de exportadora, como ocurrió con Borges y la cultura francesa,²⁶ aunque en los autores locales. Es en estos momentos nacionales de la revista, tras la declaración de guerra, el fenómeno del cierre del comercio a nivel regional, particularmente brasileña. La disminución de los mercados al excedente argentino, creando un déficit al tráfico interamericano de

de vacancia permitió, como en las industrias culturales locales, venidos desde Europa y a la vez por el mismo continente. El fenómeno en México, Brasil y Argentina tuvo un impacto sobre las revistas al multiplicarse tanto las posibilidades de publicación. Aunque *Sur* no ha sido leída como una revista de intensa politización al que se le recuerda, en este sentido, una revista en la Argentina, así como una receptiva a la presencia de

elementos culturales a la Argentina" en *Argentina, tomo 6: El imperio realista,*

41, largely due to wartime collapse of the economy. See *Up: The Walt Disney Studios During the Depression*, 1987.

...: una revista política", *Punto de*

comunistas como los que llegaban de España, y por los que la misma María Rosa tenía simpatía. En sus memorias, Oliver cuenta cómo es presentada por un profesor español, antes de dar una conferencia en una universidad de California por Luis Monguió, como alguien a quien "su adhesión a la causa de la República Española (...) le valió ser considerada por muchos de sus compatriotas como una comunista peligrosa".²⁹ Horacio Tarcus ha señalado por su parte los vínculos de Oliver con el Partido Comunista al cual se había afiliado ya en los años treinta; las redes de intelectuales comunistas, en ese momento muy activas, son una zona de intercambio y formación de alianzas contingentes particularmente importantes en la región. Cabe señalar que la misma prédica internacionalista del comunismo y de los partidos de izquierda, incluyendo a los anarquistas, favorecía la formación de redes internacionales.³⁰

En el caso puntual de América Latina y de la consolidación del latinoamericanismo que tiene lugar en esos mismos años, la distancia desde la cual se articularon las redes operó como condición de posibilidad para pensar en formas de unidad continental, y para la conformación de una red cultural clave en la emergencia de la disciplina —el latinoamericanismo— volcada en estudios comprensivos y de largo aliento.³¹ Es decir que las condiciones de alejamiento forzado de los escritores que participaban o propiciarían la formación de una red, contribuyeron de manera decisiva a la formación de alianzas facilitadas por las posibilidades de edición en sus propios países. El viaje y el exilio producen sus frutos, simultáneamente a la difusión de una alteración dramática de la imagen de Europa, cuya pronosticada decadencia anunciada por Spengler, resultaba ahora una realidad palpable.

²⁹ *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2008, p. 275.

³⁰ Cf. Tarcus, dir. *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires: Emecé, 2007.

³¹ Julio Ramos habla de "[L]a ausencia fundacional, frecuentemente ligada al exilio o la migración, que sitúa al sujeto fuera de las fronteras de la tierra natal —y de la lengua materna— cuyas esencias paradójicamente intenta nombrar." Se trata de la posición excéntrica que muchos escritores desplazados ocuparon y desde la cual formularon interpretaciones totalizadoras de la cultura latinoamericana. Véase J. Ramos, "Genealogías de la moral latinoamericanista" en Mabel Moraña, ed., *Nuevas perspectivas desde / sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana-University of Pittsburgh, 2002, p. 225.

El mundo atlántico, tal como se consolidó en los años treinta y cuarenta en el imaginario latinoamericano, fue propicio a la formación de constelaciones en el ámbito de la literatura y el arte. Para recapitular, un conjunto de factores contribuyeron a una revitalización del mundo atlántico americano como escenario de intercambio simbólico y como objeto discursivo: las migraciones crecientes de intelectuales que escapaban de Europa ante el enrarecimiento del clima político. En el caso de la Argentina, como ya dije, el exilio republicano español que aportó un número significativo de intelectuales y editores que llegaron a esas tierras, pero también la llegada de numerosos exiliados europeos, como Roger Callois, Witold Gombrowicz y latinoamericanos, como Jorge Amado se redicaron provisionalmente en el país. Asimismo, la receptividad de las elites culturales liberales, dispuestas a albergar a esos intelectuales migrantes, así como los viajes de los propios latinoamericanos hacia y desde Europa y Estados Unidos también facilitaron la consolidación de las redes. Por último, ya en los años cuarenta, la mencionada *Good Neighbor Policy* instrumentada por la administración Roosevelt, inspirada en un afán por promover las relaciones interamericanas y contrarrestar la influencia nazi en la región, particularmente en la Argentina. Todos estos elementos contribuyeron a consolidar el lugar de la ciudad puerto de visitantes extranjeros y a fortalecer las redes locales.

Buenos Aires era, a pesar de la creciente hostilidad del régimen a partir de 1930 hacia los exiliados provenientes del Viejo Mundo, un espacio receptivo no sólo para los europeos, sino también para muchos intelectuales brasileños que luego del golpe de Getúlio Vargas en 1937, llegaron a la Argentina facilitando un intercambio y mejor conocimiento de la cultura brasileña en el Río de la Plata.³² Todos estos factores pueden ayudar a comprender la configuración peculiar de una compleja y activa red de intercambios epistolares y personales, viajes y entrevistas, y examinar la formación de nuevas coaliciones culturales y su impacto en la producción simbólica.

América latina como campo de estudios de la cultura emerge hacia los años cuarenta, según lo ha demostrado Jorge Myers, en un corpus de libros

³² Cf. Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003. Véanse los exilios de Newton Freitas, Lidia Besouchet, Jorge Amado y José B. Monteiro Lobato.

significativo que marca el como disciplina académica *Hispanica* (1945) y la *Hispanica* de Pedro Henríquez Ureña. Mariano Picón-Salas, *Letras y libros* (1944) y *¿Existe América Latina?* (1944) la configuración de un canon articulado en ensayos, que la edición de autores brasileños. *Interpretación del Brasil* fue portuguesa, indica la inclusión que todos estos volúmenes tierra firme de la editorial dispositivo cultural clave es el asesoramiento de Henríquez Ureña.

Las redes que permitieron señalar las condiciones de vida de los latinoamericanos durante las relaciones entre intelectuales y editores entre México y Argentina, permitieron editar algunos títulos centrales de la vida cultural a través de editores de colecciones donadas en español atravesado por la publicación de colecciones sobre cuyo contenido discutieron Alfonso Reyes, es una muestra de libros.³⁶ En esa carta apa-

³³ Algunos años más tarde se publicó (1954).

³⁴ Cf. Jorge Myers, *art. cit.*

³⁵ Véase Gustavo Sorá, "Editores y lectores en Federico Neiburg y Mariano Picón-Salas, *Buenos Aires: conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003.

³⁶ Cf. correspondencia Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 427.

significativo que marca el afianzamiento definitivo del latinoamericanismo como disciplina académica. Libros como *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945) y la *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947) de Pedro Henríquez Ureña, *De la conquista a la Independencia* (1944), de Mariano Picón-Salas, *Letras de Nueva España* (1946), de Alfonso Reyes o *¿Existe América Latina?* (1945) de Luis Alberto Sánchez, permiten reconocer la configuración de un campo bien montado de estudios latinoamericanos articulado en ensayos, que se establece de modo sincrónico. También la edición de autores brasileños en español, como Gilberto Freyre, cuya *Interpretación del Brasil* fue publicada en 1945, aún antes que en lengua portuguesa, indica la inclusión del Brasil en el conjunto.³³ Resulta significativo que todos estos volúmenes hayan sido publicados en la colección tierra firme de la editorial Fondo de Cultura Económica de México, un dispositivo cultural clave en la formación del latinoamericanismo, bajo el asesoramiento de Henríquez Ureña y Reyes.³⁴

Las redes que permitieron la escritura y publicación de esos libros señalan las condiciones de posibilidad para la constitución de los Estudios Latinoamericanos durante el periodo. Resultan fundamentales las relaciones entre intelectuales viajeros, como Alfonso Reyes, y los contactos entre México y Argentina, para que pueda constituirse una colección que edita algunos títulos centrales del campo.³⁵ Todos los escritores participan de la vida cultural a través de su actividad en revistas, editoriales y como editores de colecciones donde se conforma un repertorio de publicaciones en español atravesado por las redes. En el caso de Henríquez Ureña, la publicación de colecciones como "Grandes escritores de América", sobre cuyo contenido discute en una carta del 23 de agosto de 1930 con Alfonso Reyes, es una muestra de los efectos de la red sobre la edición de libros.³⁶ En esa carta aparece una lista de autores integrada por obras

³³ Algunos años más tarde se publicaría *Raíces del Brasil*, de Sérgio Buarque de Holanda (1954).

³⁴ Cf. Jorge Myers, *art. cit.*

³⁵ Véase Gustavo Sorá, "Editores y editoriales de Ciencias Sociales: un capital específico" en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, comps., *Intelectuales y expertos: la construcción del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires: Paidós, 2004, pp. 265-292.

³⁶ Cf. correspondencia Pedro Henríquez Ureña-Alfonso Reyes, 23 de agosto de 1930, *op. cit.*, p. 427.

coloniales —muy importantes en el período porque reflejan una unidad cultural perdida por la fragmentación de la independencia y a la vez muestran un vínculo con España— junto a títulos modernistas, obras del siglo XIX, e incluso obras bastante recientes como *La Vorágine* de José Eustasio Rivera. Es en la correspondencia y a través de la percepción descentrada de cada correspondencia que se forma el canon, articulado por intercambios y diálogos epistolares.

Pero el foco de mi interés se dirige al trabajo de María Rosa Oliver, editora en 1942 del número 96 de *Sur* dedicado a la literatura brasileña, sirve de evidencia del impacto de las políticas americanistas sobre la circulación, la traducción y la edición de obras literarias. Aquí tomaré, entonces, el registro de María Rosa Oliver en su misión en Washington y su viaje a través del continente americano entre los años 1942 y 1946.

El entrelugar brasileño

María Rosa Oliver coincidió junto a Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes en el consejo editorial de la revista *Sur*. Como recuerda Oliver en el segundo tomo de sus memorias, Reyes y Ureña observaban con cierto escepticismo la vocación americanista de la revista.³⁷ “Éramos distintos de los del resto de América... por lo mismo, nos atribuíamos el deber de irradiar hacia ella una cultura tan libre de quejas como de tropicalismo. No sé si esas ‘puras ilusiones’ llegaban a transparentarse en nuestras conversaciones. Posiblemente sí: súbitas, fugaces, herméticas sonrisas que ponían una chispa de malicia en los ojos de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes no podría atribuirles a otro motivo”.³⁸

Aunque *Sur* tuvo una política de importación de literatura europea y observó la cultura latinoamericana con ambivalencia y paternalismo, la inclusión en el consejo editorial de Ureña y Reyes, amigos de Oliver interesados en dar un espacio a la literatura de la región y que gozaron del respecto de sus pares, particularmente de Borges, permite reconocer un vértice americano que se activará durante la guerra. Según vimos, la

³⁷ John King reitera en varias oportunidades la indiferencia de *Sur* hacia América Latina. Cf. pp. 164, 181: “*Sur* no tuvo una perspectiva americanista: sin embargo, parece haber tenido fieles lectores por toda América Latina”.

³⁸ María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*, Buenos Aires: Sudamericana, 1969, p. 260.

correspondencia entre Reyes y las ideas “atlánticas”, que se relaciona con el componente brasileño latinoamericano.

La relación ambivalente “tropical” de América Latina con Brasil es evidente. Henríquez Ureña en los años veinte, reconocible como figura latinoamericana, plasmada en su obra y e incluso visible en la correspondencia. Una hipótesis es que el intercambio cultural entre el embajador de México en Brasil, Alfonso Reyes, y de Janeiro en 1930, permitió la circulación de la cultura brasileña como argumento para rebatir la tesis de la “tropicalidad”. Se apuntará a cuestionar esta idea y a eliminar la causa que determina, en este caso, decir, la “torridez” climática.

“Contra la creencia vulgar, la diferencia entre los trópicos no cabe de ser una. Cualquier manual de geografía se divide en tierras altas y tierras bajas, y no en tierras tórridas, mientras que algunas veces fría. ¡Y el Brasil ocupa los trópicos! Hay opulencia en su arquitectura y las letras brasileñas.” (1981[1926]: 259).”

El mapa de Henríquez Ureña incluye a Haití, pero en los años cuarenta se observa la cultura popular africana que genera un interés, como observa Arcadio Díaz, en los componentes para abarcar el continente y abrir un capítulo propio. *Las culturas*

³⁹ Aún así, Henríquez Ureña se resistió a la idea de “latinoamericano”, como lo señala en la introducción a *Las culturas*, México: FCE, 1949, p. 7.

porque reflejan una unidad dependencia y a la vez modernistas, obras del siglo *La Vorágine* de José Eustasio y la percepción descentrada articulado por intercambios

abajo de María Rosa Oliver, adó a la literatura brasileña, americanistas sobre la circunarias. Aquí tomaré, entonces, on en Washington y su viaje a los 1942 y 1946.

o Henríquez Ureña y Alfonso ur. Como recuerda Oliver en Ureña observaban con cierto a revista.³⁷ “Éranos distintos o, nos atribuíamos el deber de ejas como de tropicalismo. No rentarse en nuestras conversas herméticas sonrisas que ponían o Henríquez Ureña y Alfonso

ortación de literatura europea ambivalencia y paternalismo, eña y Reyes, amigos de Oliver ara de la región y que gozaron e de Borges, permite reconocer ante la guerra. Según vimos, la

diferencia de *Sur* hacia América Latina. mericanista: sin embargo, parece haber

res: Sudamericana, 1969, p. 260.

correspondencia entre Reyes y Ureña permite examinar el derrotero de las ideas “atlánticas”, que se desplazan en esos años de una desconfianza hacia el componente brasileño a una inclusión dentro de su mapa cultural latinoamericano.

La relación ambivalente con lo que se conocía como “el componente tropical” de América Latina dentro del conjunto puede reconstruirse brevemente. Henríquez Ureña modificará en los años cuarenta su posición de los años veinte, reconocible en su polémica sobre la tesis de la exuberancia latinoamericana, plasmada en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1926) e incluso visible en la correspondencia con Reyes de los años treinta. Mi hipótesis es que el intercambio epistolar con Reyes cuando éste era embajador de México en Brasil y la visita que le hizo Henríquez Ureña a Rio de Janeiro en 1930, permitieron modificar su posición hostil a la inclusión de la cultura brasileña como parte del mundo “hispanoamericano”.³⁹ El argumento para rebatir la tesis de la exuberancia literaria latinoamericana apuntará a cuestionar esta idea atacando no sus premisas, sino buscando eliminar la causa que determinaría el presunto “tropicalismo” literario, es decir, la “torridez” climática de América Latina. Dice en 1926:

“Contra la creencia vulgar, la mayor parte de la América española situada entre los trópicos no cabe dentro de la descripción usual de la zona tórrida. Cualquier manual de geografía nos lo recordará: la América intertropical se divide en tierras altas y tierras bajas; sólo las tierras bajas son legítimamente tórridas, mientras las altas son de temperatura fresca y muchas veces fría. ¡Y el Brasil ocupa la mayor parte de las tierras bajas entre los trópicos! Hay opulencia en el espontáneo y delicioso barroquismo de la arquitectura y las letras brasileñas. Pero el Brasil no es la América española (1981[1926]: 259).”

El mapa de Henríquez Ureña excluye al Brasil como excluiría también a Haití, pero en los años cuarenta esta posición se modifica. El mundo de la cultura popular africana quedará para siempre afuera de su rango de interés, como observa Arcadio Díaz Quiñones, pero se amplía el rango de componentes para abarcar el folklore, la pintura y la música del Brasil y abrir un capítulo propio. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* y la

³⁹ Aún así, Henríquez Ureña se resiste sistemáticamente a emplear el término “latinoamericano”, como lo señala en la introducción a *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México: FCE, 1949, p. 7.

Historia de la Cultura en la América Hispánica asignan cada uno, un espacio importante a la cultura brasileña, ausente hasta entonces en la colección hispanoamericana del crítico dominicano.⁴⁰

También en Alfonso Reyes aparece una posición semejante a la de Ureña en los años veinte, cuando cuestiona la percepción europea sobre los "petit pays chaud" y la geografía latinoamericana.⁴¹ Del mismo modo que el crítico dominicano, Reyes contesta "la leyenda [de que] todos los americanos son negros" (ibid., p. 196), con el argumento de que el mestizaje eliminará progresivamente esa presencia vergonzante, un eco algo tardío de las teorías evolucionistas de amplia circulación en la región en el cambio de siglo. Es decir, las fronteras de América Latina en el imaginario cultural son cambiantes y dinámicas. Un análisis del impacto de las redes culturales sobre la conformación de mapas inestables, sujetos al efecto de ideas que circulan por vía postal y editorial y tramadas por relaciones personales permite reconocer esa transformación.

El rizoma americanista

Los cambios en los índices de *Sur* en este período sin duda obedecen al escenario internacional, aunque sus efectos sobre el campo literario pueden medirse más allá de la coyuntura política. En un sentido, el contexto de la guerra brindó la oportunidad para un giro americanista que no perduró, pero que estaba latente desde la fundación de la revista y tuvo otros momentos de emergencia. Tuvo también por consecuencia un crecimiento del volumen de intercambio entre escritores americanos y por lo tanto contribuyó a la traducción y edición de autores latinoamericanos en la Argentina.

Quisiera detenerme, entonces, en la figura de María Rosa Oliver. Me interesa como viajera latinoamericanista y representante en Washington ante la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos (CIAA) entre 1942 y 1944, desde donde operó como agente y nexo entre distintos autores latinoamericanos. Su posición como simpatizante comunista, miembro de

⁴⁰Trabajé este problema en "El entre lugar brasileño en el museo latinoamericano" en *Gragoatá* N° 17, Fronteras e desplazamientos, 2° semestre de 2004, Niterói, EdUFF, Programa de Pós-Graduação em Letras da Universidade Federal Fluminense, pp. 101-117.

⁴¹ Cf. "Entre España y América" en *Los dos caminos*, 4ta. Serie de Simpatías y Diferencias, Madrid, 1923, p. 194.

elite porteña, feminista y se cruzan discursos ante tanto con el Partido Co norteamericano, María I correspondencia incluye Gabriela Mistral y Erne frecuentes visitas a la em recibiría los premios Sta favor de la paz mundial.

El agente doble ocupa siempre conectan univers sí. Tanto en sus viajes, dor de la región que luego ser gestión en Washington, de ricana y colabora con una Argentina hasta 1944, pue de facilitar contactos, aunq

El eje de mi lectura, sin e brasileña en el mapa latino participaron los tres intele Ureña, Alfonso Reyes y Ma menos largos en Río de Jane a un mayor conocimiento y leña en español, tanto en M en libros de proyección con marginal respecto del mund mirada con desconfianza desc el flujo comunicativo se incr

Hay sin embargo, diferenc cada uno de ellos. En todos l una percepción que considera son oriundos y, simultáneame naria integrada por componer articular elementos diferentes (como las que dan carne a los

ignan cada uno, un espacio
ta entonces en la colección

posición semejante a la de
a percepción europea sobre
americana.⁴¹ Del mismo modo
la leyenda [de que] todos los
el argumento de que el mes-
cia vergonzante, un eco algo
circulación en la región en el
érica Latina en el imaginario
lisis del impacto de las redes
inestables, sujetos al efecto
ial y tramadas por relaciones
nación.

e período sin duda obedecen
ctos sobre el campo literario
blítica. En un sentido, el con-
ra un giro americanista que no
fundación de la revista y tuvo
bién por consecuencia un cre-
e escritores americanos y por
n de autores latinoamericanos

ra de María Rosa Oliver. Me in-
representante en Washington ante
americanos (CIAA) entre 1942
y nexos entre distintos autores
tizante comunista, miembro de

en el museo latinoamericano" en *Gra-*
e de 2004, Niterói, EdUFF, Programa
eral Fluminense, pp. 101-117.

4ta. Serie de Simpatías y Diferencias,

elite porteña, feminista y americanista militante la ubica en un lugar donde se cruzan discursos antagónicos. De hecho, por sus vínculos simultáneos tanto con el Partido Comunista como con el Departamento de Estado norteamericano, María Rosa Oliver puede ser leída una agente doble. Su correspondencia incluye intercambio epistolar con Nelson Rockefeller, Gabriela Mistral y Ernesto "Che" Guevara. En su autobiografía relata frecuentes visitas a la embajada soviética en Washington y posteriormente recibiría los premios Stalin y Lenin en reconocimiento a su actividad a favor de la paz mundial.

El agente doble ocupa una posición funcional a las redes culturales, que siempre conectan universos simbólicos diferentes y a veces opuestos entre sí. Tanto en sus viajes, donde traba contacto con numerosos intelectuales de la región que luego serán publicados en la revista *Sur*, como durante su gestión en Washington, donde defiende la política antifascista norteamericana y colabora con una administración hostil a la posición pro-eje de la Argentina hasta 1944, puede reconocerse esta posición mediadora, capaz de facilitar contactos, aunque no exenta de contradicciones.

El eje de mi lectura, sin embargo, converge hacia la posición de la cultura brasileña en el mapa latinoamericano, su inserción en una red de la que participaron los tres intelectuales que me conciernen. Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y María Rosa Oliver pasan los tres períodos más o menos largos en Río de Janeiro entre 1930 y 1942 y ese pasaje contribuirá a un mayor conocimiento y a la eventual publicación de literatura brasileña en español, tanto en México como en la Argentina, o a su inclusión en libros de proyección continental. Por su posición a la vez atlántica y marginal respecto del mundo hispanoamericano, la cultura brasileña fue mirada con desconfianza desde la perspectiva hispánica y en este momento el flujo comunicativo se incrementa.

Hay sin embargo, diferencias significativas en los mapas imaginarios de cada uno de ellos. En todos los casos existe un afán común por modificar una percepción que consideran injusta o equivocada de la región de donde son oriundos y, simultáneamente, la proyección de una constelación imaginaria integrada por componentes desiguales, más restrictivos o capaces de articular elementos diferentes, funcionales a configuraciones culturalistas (como las que dan carne a los ensayos que proliferan en la década de los

cuarenta), políticas, más o menos atentas a los fronteras inestables de la ciudad letrada, en un momento en el que éstas resultan replanteadas.

La antología brasileña y la doble agente

Poco antes de llegar a Washington, donde había sido convocada por Nelson Rockefeller como asesora de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos (CIAA), Oliver realizó varias escalas en el largo viaje que la llevó desde Buenos Aires a Estados Unidos. En San Pablo conoció a Mário de Andrade, que le manifestó su antipatía por Estados Unidos, donde había sido invitado varias veces sin aceptarlo debido a su condición de mulato. Oliver permaneció algunas semanas en Brasil, la mayor parte del tiempo en Río de Janeiro, donde organizó el número de *Sur* dedicado a la literatura brasileña. Allí muchas de sus relaciones se desarrollaron con intelectuales y artistas comunistas, como los pintores Candido Portinari, Lazar Segal y el escritor y ex miembro del Partido Comunista Brasileño Carlos Lacerda. Sobre Portinari, recuerda Oliver: "En aquellos días ya se proclamaba comunista, y sinceramente lo era, pero en vez de asumir una austeridad marxista, más bien parecía un sensual y próspero artesano del Renacimiento, en particular cuando, sentado a la cabecera de la mesa, se complacía en ver que sus invitados apreciaban como es debido las *feijoadas* de surtido acompañamiento que él había mandado preparar".⁴²

Una red de intelectuales de izquierda opera como malla alrededor de la escritora, y Portinari será, como lo ha señalado Sérgio Miceli, el retratista que canoniche a muchas de estas figuras, varios de cuyos retratos también serán incluidos en el N° 96 de *Sur*. A estos mismos escritores los convocará para el número especial de la revista (e incluso intentará ubicar a Lacerda en la CIAA, sin éxito). El 22 de agosto de 1942 Brasil había declarado la guerra contra El Eje y Victoria Ocampo resolvió encomendar a Oliver, entonces en Río de Janeiro, la organización del número. Los intelectuales argentinos, súbitamente interesados por Brasil, abrieron así las puertas de la revista a textos de estos autores.

La ambigua vocación americanista de *Sur* ha sido estudiada y demostrada por numerosos especialistas. Sin embargo, dentro del eclecticismo característico de *Sur*, la diversidad de posiciones constituyó un sistema

⁴² María Rosa Oliver, *Op. Cit.*, p. 132 y ss..

inestable que atravesó r
zación del bando antifas
la facción latinoamerica
veces su afinidad con Pec
justamente en ese mism
recogería el espíritu ame
la pena recordar lo que s
americanismo y María R

Mi concepción de la re
también le resultaban a
hispanoamericanos [...
pero se mantuvo al mar
ferio necesitaba.

Una entrañable amiga
mujeres notables de la A
cuyas intenciones de des
Estados Unidos, y abarco
la paz. Visitó los Estados
del vicepresidente Walla
nos. [...] Ella quería la r
con ella. El distanciamier
un símbolo. Las "partes"
desarrollarse unidas.⁴³

No obstante la indifere
el período de la guerra viv
impulsado por una agenda
consecuencias significativas
nalmente publicó a autore
mite reconocer un episodico
principales autores de prosa
(con algunos novelistas soci
su mayoría de poetas y escri
durante su estancia en Río. E

⁴³ W. Frank, *Memorias*, p. 282

⁴⁴ En el N° 105 se publicó una pres
y se habían publicado algunos artí

os fronteras inestables de la
as resultan replanteadas.

te

de había sido convocada por
ina Coordinadora de Asuntos
rias escalas en el largo viaje
Unidos. En San Pablo conoció
antipatía por Estados Unidos,
ceptarlo debido a su condición
anas en Brasil, la mayor parte
izó el número de *Sur* dedicado
relaciones se desarrollaron con
os pintores Candido Portinari,
l Partido Comunista Brasileño
Oliver: "En aquellos días ya se
era, pero en vez de asumir una
ensual y próspero artesano del
ado a la cabecera de la mesa, se
ban como es debido las *feijoadas*
mandado preparar".⁴²

pera como malla alrededor de la
alado Sérgio Miceli, el retratista
varios de cuyos retratos también
mismos escritores los convocará
ncluso intentará ubicar a Lacerda
de 1942 Brasil había declarado la
o resolvió encomendar a Oliver,
ón del número. Los intelectuales
Brasil, abrieron así las puertas de

e *Sur* ha sido estudiada y demos-
embargo, dentro del eclecticismo
posiciones constituyó un sistema

inestable que atravesó momentos de mayor o menor armonía. La galvanización del bando antifascista permitió un fortalecimiento circunstancial de la facción latinoamericana de la revista. María Rosa Oliver declaró varias veces su afinidad con Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, que fundaría justamente en ese mismo año de 1942 la revista *Cuadernos Americanos*, que recogería el espíritu americanista que *Sur* sólo desplegó tímidamente. Vale la pena recordar lo que señaló Waldo Frank en sus memorias respecto del americanismo y María Rosa Oliver:

Mi concepción de la revista como organismo era ajena a Victoria, a quien también le resultaban ajenos la mayoría de los autores norteamericanos e hispanoamericanos [...]. La revista *Sur* publicó muchos buenos trabajos, pero se mantuvo al margen de lo que yo anhelaba y de lo que el hemisferio necesitaba.

Una entrañable amiga de Victoria era María Rosa Oliver, otra de las mujeres notables de la Argentina. [...] Simpatizaba con los comunistas, a cuyas intenciones de desarmarse les prestaba más crédito que a las de los Estados Unidos, y abarcó el mundo entero con sus esfuerzos en favor de la paz. Visitó los Estados Unidos, donde se desempeñó [...] como asesora del vicepresidente Wallace en relación con los problemas latinoamericanos. [...] Ella quería la revista que yo quería. Victoria no podía trabajar con ella. El distanciamiento ideológico de Victoria [...] y María Rosa fue un símbolo. Las "partes" de América todavía no estaban maduras para desarrollarse unidas.⁴³

No obstante la indiferencia (o ignorancia) de *Sur* por América Latina, el período de la guerra vivió un breve florecimiento del americanismo, impulsado por una agenda política. El N° 96 es un número aislado, sin consecuencias significativas en la política de la revista, que muy ocasionalmente publicó a autores brasileños.⁴⁴ Sin embargo, el volumen permite reconocer un episodio en el que fueron editados con traducción los principales autores de prosa y poesía, en una antología modernista amplia (con algunos novelistas sociales), representativa del momento. Se trata en su mayoría de poetas y escritores que María Rosa conoció personalmente durante su estancia en Río. El número es, hasta cierto punto, resultado de

⁴³ W. Frank, *Memorias*, p. 282

⁴⁴ En el N° 105 se publicó una presentación de Casa Grande & Senzala de Gilberto Freyre y se habían publicado algunos artículos de Jorge Amado.

vínculos personales y redes de contactos establecidos en el viaje y de las relaciones existentes, como es el caso de Jorge Amado, exiliado entonces en Buenos Aires.

Más que una opción apoyada en criterios estéticos, el número de *Sur* parece una decisión política de apoyo a la declaración de guerra de Vargas contra El Eje, de quien también se incluye un saludo en la revista. Mário de Andrade, Carlos Drummond de Andrade, Anibal Machado, Ribeiro Couto, Cecília Meireles, Jorge Amado, Marques Rebelo, Jorge de Lima, Adalgisa Nery, Rachel de Queiroz, Augusto Frederico Schmidt y Vinícius de Moraes integran el índice. Es una antología tan ecléctica como la misma *Sur*, que siempre se jactó de su política liberal de aceptación de escritores de ideologías diferentes. Son todos autores contemporáneos, aunque en el artículo de presentación, tomado de una encuesta realizada por la *Revista Académica* de Rio de Janeiro, se incluye una encuesta que comprende autores más canónicos.

Oliver los conoció a todos y estableció con ellos relaciones de amistad. Se tejió así una red en la que las afinidades políticas —las simpatías comunistas de Oliver, que encontraron eco entre los modernistas brasileños— y las relaciones de amistad cumplieron un rol importante. La estética modernista, como señala Oliver en la nota publicada en *Sur* en 1945 con motivo de la muerte de Mário, guarda afinidad con la de la misma revista. Pero la escritora destaca en el poeta la posición política enemiga del Estado Novo y su compromiso con la libertad como los rasgos más sobresalientes: politiza su figura y tiende las líneas de una alianza incompleta pero comenzó a tejerse. Según lo ha estudiado Raúl Antelo, son años en que las redes y sobre todo las lecturas de hispanoamericanos en el Brasil alcanzan una peculiar intensidad, particularmente con escritores argentinos.⁴⁵

La traducción de autores brasileños al español, principalmente en la Argentina, alcanzó un número elevado en esos años y la misma Oliver traduciría algunos años más tarde a Drummond y a Vinícius. Sin embargo, la relación de *Sur* con el boom editorial que se produjo entonces en la Argentina es bastante indirecta, dado que la revista no tuvo una política comercial moderna. Su financiamiento provino siempre de la fortuna de

⁴⁵ Cf. Raúl Antelo, *Na Ilha de Marapatá (Mário de Andrade lê os Hispano-Americanos)*, San Pablo: Hucitec, 1986.

Victoria Ocampo e incluído para
proveer recursos económicos
de la directora, que elegía
autores como Keyserling
intervención política, al
mensaje a la declaración de
de Vargas, el dictador con
una conocida oposición, y
de la publicación.

El número 96 más bien
tiales brasileños y argentinos
existencia de un público al
creada por la Guerra Civil
industria cultural relativar
En Brasil, en cambio, Vargas
los escritores de la llamada
trabajaban para el Estado,
bienes simbólicos. La ausencia
otras posibilidades de interv
la cultura. Ese clima político
de ambos países y consolidó
Sin embargo, los miembros
a la elite argentina y ellos m
propio campo intelectual, g
ños, tal como se reconoce e
de Janeiro. La hostilidad lat
permitiría a los argentinos v
perspectiva política, comenz
calismo comenzó así a ceder
como canales de circulación
de unificación e igualación de
el mundo atlántico.

⁴⁶ Dice John King: "Victoria no estaba
una revista debía ser suya y sólo su
fueron sus gustos los que determinaron

Victoria Ocampo e incluso el proyecto de la editorial que serviría para proveer recursos económicos a la publicación, fracasó por la falta de olfato de la directora, que elegía publicar su propio canon literario, que incluía autores como Keyserling y otros de dudoso éxito comercial.⁴⁶ Incluso la intervención política, al publicar un número de literatura brasileña en homenaje a la declaración de guerra contra El Eje coronado por un discurso de Vargas, el dictador con semejanzas a Perón, hacia el que *Sur* mantendría una conocida oposición, revela las inconsistencias y tensiones ideológicas de la publicación.

El número 96 más bien pone de relieve las diferencias entre los intelectuales brasileños y argentinos respecto al mercado cultural: en Argentina la existencia de un público alfabetizado bastante extendido y la oportunidad creada por la Guerra Civil Española permitieron la consolidación de una industria cultural relativamente autónoma del Estado durante esos años. En Brasil, en cambio, Vargas había cooptado a una porción importante de los escritores de la llamada generación Capanema, muchos de los cuales trabajaban para el Estado, que ejercía un control sobre la circulación de bienes simbólicos. La ausencia de un mercado cultural desarrollado cerraba otras posibilidades de intervención pública para escritores y trabajadores de la cultura. Ese clima político tenso favoreció el intercambio entre autores de ambos países y consolidó redes culturales incipientes.

Sin embargo, los miembros del grupo *Sur*, casi todos pertenecientes a la elite argentina y ellos mismos ya un poco anacrónicos respecto de su propio campo intelectual, guardaban semejanzas con sus pares brasileños, tal como se reconoce en el testimonio de Oliver de su paso por Río de Janeiro. La hostilidad latente hacia los gobiernos populistas también permitiría a los argentinos ver en Brasil algo que en Argentina, según su perspectiva política, comenzaba a gestarse. La desconfianza hacia el tropicalismo comenzó así a ceder por efecto de las redes, que no sólo operaron como canales de circulación de las ideas sino también como un dispositivo de unificación e igualación de consecuencias duraderas sobre la cultura en el mundo atlántico.

⁴⁶ Dice John King: "Victoria no estaba interesada en trabajar con nadie [...]. La idea de una revista debía ser suya y sólo suya. [...] Fue su dinero el que financió su revista, y fueron sus gustos los que determinaron su orientación inicial". *Op. cit.*, p. 61.